

# CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



**Carlos René Urías Ramírez**

**Gezabel Guzmán Ramírez • Andrés Heredia Torres**

**Brenda Berenice Vázquez Pérez • Miguel Terrazas Morales**

**Guido Astolfi • Daniel Alejandro Ávila Saulés:**

**Carolina Suárez Ríos • Félix E. Huerta Díaz**

**Claudia Nayeli López Cambray • Germán Méndez Lugo**

**Rocío López Liera • Silvia Cervantes Sagrero**

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

**PUBLICACIONES**

Tercera semana  
del sábado 4 al viernes 10 de abril de 2020

## Resultados

Siendo las veinte horas del día doce de abril del año dos mil veinte, los abajo firmantes, Víctor Manuel Contreras Toledo, Antonio Ramos Revillas e Hilda Rosina Conde Zambada, vía correo electrónico, de 31 trabajos recibidos, decidimos por unanimidad otorgar el primer lugar al texto «Mangos, bolsas y un torso velludo», de Carlos René Urías Ramírez, debido a que se trata de una crónica fluida, ágil, natural, con suspenso permanente y trazos cómicos bien logrados. El texto es un reflejo del gran contraste de nuestra sociedad en que a algunos (por su condición social de extrema pobreza y abandono) no les importa la vida, pues viven ya aceptando su muerte —su casa es la calle y su contaminación, suciedad y enfermedades permanentes—, frente al mexicano clasemediero que, en medio de una pandemia neurótica, desquiciante y absolutamente sorprendente, extrema sus cuidados, sus medios y las indicaciones para sobrevivir en una sociedad egoísta, como guión de una película dramática de fin de mundo. El elemento experiencial, sustancial a toda crónica real, y el *pathos* (equilibrado en su *ethos* y su *logos*) del deseo de sobrevivencia, a pesar del contrastante e imperfecto mundo, la hacen auténtica y memorable.

Por mayoría de votos, hemos decidido otorgar el segundo lugar a «Corona de virus, día 100», de Gezabel Guzmán Ramírez, y el tercero a «Crónica de un pacífico apocalipsis», de Andrés Heredia Torres. Además, recomendamos para su publicación los siguientes textos: «Sobresaturado», «Adentro y afuera», «Misterios del Oriente», «Crónica coronavirus-DAAS», «La importancia de Radio Head», «Foraneidad», «De la soledad y otros sinsabores», «El combate», «Covid-19 y un alma simple» y «Voces covid».

Atentamente

Víctor Manuel Contreras Toledo    Antonio Ramos Revillas    Hilda Rosina Conde Zambada

# Crónicas de un virus sin corona

Carlos René Urías Ramírez  
Gezabel Guzmán Ramírez  
Andrés Heredia Torres

Brenda Berenice Vázquez Pérez  
Miguel Terrazas Morales  
Guido Astolfi  
Daniel Alejandro Ávila Saulés:  
Carolina Suárez Ríos  
Félix E. Huerta Díaz  
Claudia Nayeli López Cambray  
Germán Méndez Lugo  
Rocío López Liera  
Silvia Cervantes Sagrero

Ganadores de la tercera semana  
del 4 al 10 de abril de 2020

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

  
PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Tercera semana

## Mangos bolsas y un torso velludo

Carlos René Urías Ramírez

He sido muy estricto con mi cuarentena pero no tengo opción, el refrigerador está muy solo, no tengo frutas y se me acabó el agua, tampoco tengo detergente, primero voy a la frutería, me estaciono, veo con gusto que hoy tienen muy buenos mangos, termino mi compra y me subo al carro, el calor es muy fuerte pero el día es precioso y arranco; dos cuadras adelante llego a un semáforo en rojo y me detengo, bajo el vidrio del coche y el aire fresco me da un placer que no había tenido en estos días de confinamiento, cierro los ojos un segundo, los abro pues de pronto siento una sombra, es un tipo visiblemente sucio que me ofrece bolsas para la basura, me dice «Qué pasó mi gallo lleve la bolsa fina» le contesto «No gracias» me responde «Sin pedo may frien» y

cierra su puño esperando que yo le corresponda chocando mis nudillos con los de él, me niego lo más amablemente que puedo, para mi sorpresa el tipo mete la mano al carro y me toca el hombro diciendo «tranquis mi gallo, no hay problema» alcanzo a ver sus dedos chamagosos, subo la voz y le digo ¿Qué te pasa? ¿No ves cómo están las cosas? el semáforo cambia a verde y el carro de atrás comienza a sonar el claxon, pero yo estoy tan lejos del volante y del tipo como puedo y él no retrocede, incluso pone la mano arriba del capacetete y un intenso olor a alcohol me llega a la nariz «Que no pasa naaada may, naaada» dice mientras escupe pequeñas gotas de saliva, me siento desesperado pero no quiero tocarlo, en eso mi mano dio sin pretenderlo con uno de los mangos y en un reflejo se lo estrellé con fuerza en la cara, sólo así retrocedió, arranqué y no paré hasta llegar al Oxxo donde compro el agua purificada, al llegar me invadió el sentimiento de coraje que venía creciendo desde el incidente, me veía el hombro en el retrovisor buscando alguna mancha de mugre, no se veía nada pero el sentimiento de ansiedad no disminuía, me había cuidado demasiado

en esta cuarentena como para infectarme por una tontería, pensé que aunque no la viera traía su saliva en alguna parte, así que me quité la playera con mucho cuidado, incluso me aseguré que al hacerlo quedara al revés para que el virus imaginario o real quedara según yo «aislado» en resumen me metí sin playera a comprar el agua, al formarme una señorita me dio el paso atemorizada, sí, yo sé que soy muy pesado alto y velludo, peor, mi semblante aún tenía rezagos del coraje recién pasado, además mis lentes negros y mi cabeza rapada no ayudaban, pero se lo agradecí y avancé, por suerte entre la cajera y yo estaba solamente una viejita con una paleta de hielo en su huesuda mano, voltea, me mira las tetillas y de dice «Mucho calor ¿verda?» «Insoportable» le contesto, pago, me subo al carro y me doy en reversa mientras la viejita chupa su paleta y a señas me dice adiós, me dirijo a mi casa, al desandar el camino veo al causante de mi mal domingo, el desgraciado está sentado en la banqueta comiéndose mi mango, al chocar nuestras miradas le vi un gesto de vergüenza, me fui manejando pensando en lo mal que debe estar alguien que se come lo que otro le aventó en

la cara, también que sólo se estaba ganando la vida, sinceramente al repensarlo no me hizo sentir bien, pero de estar en la misma situación, en una contingencia como esta y frente a alguien tan necio sin duda lo volvería a hacer, al llegar bajé los víveres y mi playera la cual llevé inmediatamente a la lavadora, pero me doy cuenta de que con el coraje olvidé comprar el detergente «es una playera muy vieja» me dije, decidí tirarla...lástima que se me acabaron las bolsas para la basura; me lleva la chingada.

CARLOS RENÉ URÍAS RAMÍREZ es Licenciado en Educación Artística, director de teatro y dramaturgo, actualmente es docente de Artes Escénicas de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, tiene en su trayectoria algunos premios nacionales y estatales, es fundador de Nube Rabiosa (Investigación Escénica)



Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Tercera semana.

## Corona de virus: día 100

Gezabel Guzmán Ramírez

Día 100, «89 mil 931 personas muertas»

y el nadar con murciélagos

Amanece. Las noticias del día —que veo en la pantalla de mi celular— nos recuerdan que «el nuevo coronavirus, identificado como el SARS-CoV-2, salió del territorio chino y logró instalarse en casi todo el mundo», de ese acontecimiento han pasado justo hoy 100 días y en las notas se puede leer: «han perdido la vida 89 mil 931 personas a causa del COVID-19, otro millón 503 mil 900 padecen la enfermedad actualmente en el planeta, según la Universidad Johns Hopkins». Son tan grandes las cifras, los números parecen sacados de una película de ciencia ficción, me es difícil concebir qué significan «89 mil 931 personas muertas», así que

imagino el dolor. Continuo deslizando mi dedo por la pantalla del celular y aparece una nota que dice: «pobladores queman murciélagos por miedo a Covid-19 en Perú». Entonces me es imposible no evocar la pérdida y la muerte.

Una vez toqué el pelaje de un murciélago, mientras este se escondía en una palapa, era tan suave y tan pequeño. Me pareció hermoso. Tía Gloria, tenía una preciosa casa en Morelos, hace varios años pasé un encierro voluntario con ella para refugiarme de mis sentimientos, fueron semanas sin conexión a internet, ni radio, ni televisión, solo éramos ella y yo, viviendo un día a la vez. Descubrí entre sus libros viejos, un libro de cuentos de terror que me gustaba leer en la noche, recuerdo una vez leerlo entre relámpagos de una tormenta, que a través de la ventana iluminaban mi pequeño cuerpo cubierto con únicamente una sábana.

No la vi cuando murió años más tarde, su vida estaba conectada a un tanque de oxígeno junto a su cama. Vendió su casa de Morelos y después, ella también desapareció. Me dejó sobre una cama vacía una caja, dentro de esta había un pequeño murciélago de peluche y el libro de cuentos que

tanto me gustaba leer. —*¿Alguna vez has nadado desnuda?* me preguntó esa octogenaria viejita a quien llamaba tía Gloria, —*deberías hacerlo, siempre atrévete a hacer cosas diferentes, te harán libre.* Así, entré tímidamente en el agua, mientras los murciélagos bajaban al anochecer a beberla. Nadé con murciélagos y no lo habría hecho, si ella no me hubiera impulsado a mi joven edad a sumergirme en lo desconocido, a despojarme de lo que me asusta, a no temerle a la vida. Entiendo el dolor que más de 89 mil 931 personas deben sentir ante la muerte de alguien que aman.

## El miedo que vuela la ciudad, el aislamiento corporal y los experimentos sociales

Cae la tarde. A nadie en mi casa le cuesta trabajo el encierro voluntario. Mi madre Yaqui siempre ha sido muy hermética, mi familia no es numerosa y mis hijas están pequeñas. La única que sale soy yo. Alguien tiene que buscar los víveres y la vida en el exterior. Tengo la experiencia de la pandemia H1N1 vivida en el año 2009, sin duda la infancia contem-

poránea recordará al coronavirus que trajo consigo tanta enfermedad pero sobre todo algo en particular, el miedo. El virus viaja de aliento en aliento, con cada respiro, con cada toque corporal, por eso hay que cubrir la piel, en particular las manos, mecanismo de antaño del contacto humano y del conocimiento del mundo; por eso hay que tapar boca y nariz, para no oler, para no degustar, para obstruir el mal, ahuyentar el miasma, aunque el virus también entra por los ojos. Así, el confinamiento opera en el propio cuerpo, aislándose para repeler al otro, porque es ese otro o lo otro, lo que causa miedo. El miedo llevó a prenderle fuego a más de 300 murciélagos en Perú, a cerrar fronteras bajo un nacionalismo destructivo, xenófobo, cargado de odio. El miedo nos mantiene en casa y bajo medidas de «sana distancia» al salir, pero en realidad ¿a qué le tememos? Quizás lo que está de fondo es el miedo a la muerte y a lo desconocido. Nos une como condición humana, el miedo a morir anclado de nuestra ilusión a lo permanente. Por eso vemos estos días de «cuarentena» como un paréntesis, imaginando que cuando todo esto «termine» volveremos al punto donde nos había-

mos quedado. Sin embargo, sabemos que no hay retorno. Veo el miedo a morir en la mirada de quienes cubren su cara con máscaras acrílicas y ponen gel antibacterial en los guantes de látex que portan. Hay un miedo al contagio que flota en el aire. Miedo a perderlo todo. Miedo a no regresar al punto de partida. Miedo al futuro. Miedo en el confinamiento. Sabemos que no podemos continuar como antes, que nuestra relación con la naturaleza debe transformarse y que hay que abogar por lazos solidarios planetarios-mundiales. Pero, el miedo nos inunda a cada respiro, en cada estornudo de un desconocido, con cada tos profunda que sale del interior de quien nos es cercano, el miedo suda en nuestro propio cuerpo cuando sentimos algún síntoma que podría estar asociado a la enfermedad. El miedo se desliza de nuestras manos con cada lavada de 20 segundos de duración. Mientras escribo estas líneas, una avioneta del gobierno del Estado anuncia que no salgas de tu casa, así el miedo vuela con altavoces la ciudad. Además, estamos frente a un experimento social humano, probar qué tan eficiente es la sociedad en aislamiento, medir cómo funciona la educación

por internet que pueden ejecutar unos cuantos, analizar cómo de forma masiva se puede sustituir la mano de obra humana por maquinaria, considerar el trabajo desde casa, que ayuda a disminuir costos y por ende salarios; probar nuevas vacunas en habitantes de los sures globales o en entes de la periferia e incluso ver cómo el coronavirus ataca de forma efectiva a la población «vulnerable», latinos, negros, migrantes, ancianos/as, o personas ya de por si enfermas. Entonces las teorías de conspiración alimentan el miedo haciendo crecer la desconfianza en los/as demás.

### La escritura nocturna y el ven ahora

Anochece. Ha terminado el día 100 y la vida está en tantos lados, pero continua de forma masiva la pérdida de nuestros/as ancianos/as, con ellos/as mueren pedazos de historia, sabidurías ancestrales. Se extingue junto con el día, la vida como la conocíamos. De noche yo puedo conversar con mi persona amada quien vive su propio encierro. He logrado sumergirme en lo desconocido, tía Gloria estaría

orgullosa de los riesgos que corro. He logrado despojarme de varias ataduras sociales, cada vez soy un poco más libre. Creo firmemente que por el SARS-CoV-2, el tiempo se vive de otra manera. Las relaciones sociales y afectivas están teniendo su alza por medios electrónicos, aunque yo prefiero los vínculos a la «antigua», con contacto, sin cubre bocas, mirando a los ojos, tocando la piel, oliéndolo todo. Me he descubierto leyendo(le) en voz alta, quizás esta pandemia nos traiga una nostalgia del recuerdo que éramos como sociedad. No le temo a la vida y la muerte solo es un viaje más. En mi escritura nocturna, me he descubierto añorando la presencia y escribiendo(le) letras como éstas:

[...]

Prefiero que tú lo hagas.

Hazme algo, hazme la vida, hazme siempre.

Hazme tuya, hazme otra.

Prefiero que tú vengas.

Ven ahora.

Aún conservo el peluche de murciélago, mi libro de cuentos de terror y el recuerdo de tía Gloria. Corona de virus, es entonces fuente de inspiración constante y quizás una excusa para (re)encontrarnos.

GEZABEL GUZMÁN RAMÍREZ. Doctorado en Historia en la Universidad Iberoamericana. Maestría y Licenciatura en Psicología por la UDLA. Diplomado «Juvenicidio y vidas precarias en América Latina» en el Colegio de la Frontera Norte. Diplomado en Estudios de Género con especialidad en Desarrollo, Etnicidad y Masculinidades por el CIEG, Universidad de Chile. Formación en estudios de género por el CIEG de la UNAM, el PIEG de El Colegio de México, en el 2017, Instituto de Teoría Crítica y en el seminario «Género, feminismos y estudios del cuerpo» en FLACSO-México. Profesora investigadora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) donde coordina desde el 2012 el Laboratorio en Estudios de Género, plantel Cuauhtémoc.



Tercer lugar A en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Tercera semana.

## Crónica de un pacífico apocalipsis

Andrés Heredia Torres

Mil 890 casos positivos, 79 muertes

Otro día normal en la empresa restaurantera que más vende hamburguesas. Me parece que hay más movimiento que cuando apenas se había anunciado la fase 2. De hecho, desde que se anunciaron qué sectores se consideran necesarios o indispensables para el funcionamiento del sistema capitalista (versión México), percibo más tráfico, que hay más negocios que se animaron a seguir abiertos. Los restaurantes se consideraron indispensables (pero sólo con servicio para llevar) y, por ello, supongo que cualquier negocio que vende alimentos sigue abierto, incluso los que sólo venden postres, como también es el caso de mi empresa.

Por otro lado, me siento cansado, con dolor de cabeza, ¿será el inicio de los síntomas del Coronavirus o simplemente he abusado de mirar una pantalla luminosa durante horas? Es algo minúsculo, le explico a mi novia a través de Whatsapp, pero ella está asustada: «de mínimo ve a que te chequen en similares», dice. Yo no le hago caso, sé que lo único que tengo que hacer es descansar; pienso que seguramente pertenezco a ese gran porcentaje de la población que ya esta sugestionada debido a la sobreexposición a internet y sus estadísticas.

## 2 mil 143 casos confirmados, 94 muertes

Día de desayuno con papá. Me sigue doliendo la cabeza y temo estar infectado. No obstante, acompaño a mi padre al tianguis para comprar lo que cocinaremos. Todo está subiendo de precio y mi papá y yo congeniamos con la idea de que los vendedores se están aprovechando de la situación. Hipótesis que adquiere veracidad cuando nos encontramos un negocio local que vende sus productos a unos veinte pesos debajo del precio al que nos ofrecían los vendedores del

tianguis. Aunque quizá sólo son víctimas al igual que nosotros. Todos en caída libre con la economía.

## 2 mil 439 casos confirmados, 125 muertes

Otro día más de una cuarentena intermitente; de trabajo. Me encuentro con que la periferia —los jardines, el kiosco y el paso a la iglesia— al rededor de la Pirámide de Tenayuca, ha sido cerrada, tan sólo dejaron un pedazo de banqueta para que los peatones circulen. Seguro que los vendedores informales estarán muy molestos con esta acción. No obstante, no es lo único que se ha cerrado, puesto que al llegar a la estación del Metrobús Tenayuca me percaté de que las rutas hacia Buenavista y La Raza han sido cerradas, dejando así, únicamente, la ruta principal hacia la terminal Etiopía.

Los estragos de ésto son obvios: menos rutas, menos camiones; menos camiones, más gente en espera; más gente esperando, más posibles contagios. Aun así, las personas siguen saliendo en familia. ¿Qué pasó con «quédate en casa»? Varias veces, a lo largo de mi día, puedo percatarme de que grupos de cuatro a seis personas pasean por la calle, con sus

niños, quizá para que éstos se distraigan. Los mexicanos siguen sin creer que el virus existe, como si se tratara del mito del chupacabras o el dios de la Iglesia Universal.

### 2 mil 785 casos confirmados, 141 muertes

Experimento una pausa en la cama; me detengo, allí, a cortina cerrada y ventana abierta, a escuchar los sonidos del barrio en el que vivo: pájaros, el tren que pasa cada dos o tres horas, el tenue rugido de algunos vehículos, eco de música e indescifrables conversaciones de mis vecinas. Pero sobre todo, pájaros. Hay algo paz en contemplar un techo repleto de infinitas constelaciones grumosas. Respiro, ya no hay dolor de cabeza.

### 3 mil 181 casos confirmados, 174 muertos

Estamos ante el apocalipsis más anticlimático que pudo imaginar la humanidad. Estados Unidos, España e Italia son los más afectados; China también está mal parada, pero se recupera mucho mejor que los antes mencionados. En

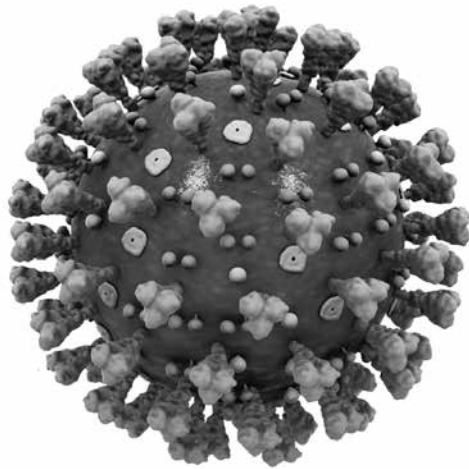
las redes sociales circula gran cantidad de chistes sobre la situación y sus diferentes facetas —la nueva vida escolar, laboral, amorosa; memes políticos y todo una sección dedicada a López-Gatell—. Nadie se imaginaba estar esperando el fin del mundo o la sociedad humana en pijama. No, lo que las personas querían era dispararle a alguien en la cara. Yo, como muchos otros, caigo en la cuenta de que el mundo es bastante aburrido, que incluso el fin mundo tiene un desenlace absurdo: «seremos la generación que se recordará por haberle pedido que no haga nada y, aun así, hacerlo mal».

Paralelo a lo anterior, hay dos afirmaciones que parecen englobar toda la realidad actual: «Es un error metodológico suponer que sólo lo que se ve existe y al revés», mencionada por el Subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, López-Gatell, en una conferencia de prensa. Y «Creencias de gente pendeja. La neta, mano», dicha por una hierbera en una entrevista que se hizo viral a raíz de la brutal honestidad con la que respondió esta señora. Ambas afirmaciones icónicas dentro del contexto de lo que existe y no existe para la gente en cuarentena navegando en la *socialmedia*.

### 3 mil 441 casos confirmados, 194 muertes

Me quedé sin empleo, el contrato de tres meses terminó y, «lamentablemente», por el momento la empresa no está contratando. Me dicen que quizás me llamen al terminar todo esto. El virus, Covid-19, se hace más real.

ANDRÉS HEREDIA TORRES (Edo. de México, 1992). Estudiante de la Licenciatura en Creación Literaria quien ha cursado los talleres de Ciencia ficción, fantasía y terror; y Creatividad Computacional: la Poesía y Narrativa generada por Inteligencia Artificial, así como también ha sido acreedor de una Mención Especial en el 4° Concurso Estudiantil Universitario de Cuento Cuauhtpec 2017; y ganador del Tercer Lugar en el 5° Concurso Estudiantil Universitario de Poesía Cuauhtpec 2018.



Crónicas recomendadas  
para su publicación  
por el jurado de la  
tercera semana  
del Concurso

Crónicas de un  
virus sin corona





# Sobresaturado

Brenda Berenice Vázquez Pérez

Mi dedo se deslizaba de una publicación a otra, la mayoría las pasaba de largo, pero me detenía en algunas para compartir, dejar un like o entrar a algún link y leer más información. De pronto bostece y me di cuenta que ya estaba aburrida, pero solo cambié a otra de mis muchas redes sociales, y como si fuera ritual continúe hasta aburrirme de todas.

Fue hasta ese momento que subí los pies al sillón, los baje... Me recosté, me levanté... «Vale madre» pensé, y me enfurecí con mi cuerpo porque ya no aguantaba el dolor de la espalda, pero como no me iba a doler si tenía más de 4 horas ahí tumbada. El enojo hacia mi lastimada espalda se convirtió rápidamente en una disculpa por maltratarla de ese modo, y de la ira nació el arrepentimiento que se anido en mi cabeza. «Ahora me va a estar doliendo toda la maldita noche, ¡carajo!»

Ya no volví a sentarme y mejor me fui al botiquín a buscar una pastilla. Diclofenaco leí en la caja, «Esto servirá» me dije a mi misma, pero justo antes de sacar la pastilla me detuve y recordé una noticia qué acababa de ver. «El Ibuprofeno y el Diclofenaco son malos para los pacientes con Coronavirus» —¡Que chingados me preocupo si yo no tengo esa madre!— Me dije frente al espejo en voz alta mientras tomaba la pastilla y me reía de mí.

En aquel momento escuché la puerta de la casa, guarde tranquilamente las pastillas en su lugar y baje a ayudar a mamá con las bolsas del mercado.

—¿Hija que haces aquí? ¿Que no fuiste a la escuela?

—No mamá, que no vez que ya suspendieron las clases por el virus chino.

—Ah! Mira, te adelantaron las vacaciones.

Antes de contestar me gano la risa ante el comentario de mi madre. —Cómo crees má, ojalá fuera, pero muchos maestros dejaron un montón de tarea y otros van a preparar clases en línea.

—¿En línea?

—En la computadora pa que entiendas.

—Ándale pues, luego me explicas, mejor ayúdame a hacer la comida.

—Mmm. Ya qué...

Al día siguiente la rutina parecía la misma, y no es que yo estuviera haciendo mucho caso a la orden de cuarentena, simplemente no tenía ganas de salir, y es que me sentía más desanimada que el día anterior, tal vez porque hoy habían aumentaron las repetitivas publicación del Coronavirus en todos lados, «Que flojera me dan» pensé antes de botar el celular y levantarme del sofá para buscar una peli en la tv.

### **«Recomendaciones de películas: Virus, Top 10 el día de hoy en México»**

—¡Que carajos! Aquí también...

—¡Ana! Deja de hablar con groserías.

—Lo siento má.— Apague la televisión y fui a sentarme a la mesa cerca de dónde mi mamá estaba cocinando. —¡Oye má! ¿No quieres ir a hacer despensa al Super?—

—¿Para qué, si está más cerca el mercado?

—Pero no vez que hay que hacer cuarentena y no salir tanto a la calle.

—¿Y tu padre qué, tampoco va a ir a trabajar? Además no hay dinero para esas cosas.

—¡Huy! Pero no te enojés, yo nada más decía... No ves que hasta en las noticias de la tele hablan de eso.

—Olvídate de tanta tele y ayúdame con los trastes ándale.

—Mmm. Ya qué...

Para el tercer día comencé a sentir miedo, el 99% de todas las publicaciones en mis redes sociales hablaban alrededor de una misma cosa #COVID19. «¿En verdad está tan grave la cosa?»

Una tras otra comencé a prestar más atención a las publicaciones: «Cuarentena» «Compras de pánico» «Gel y cubrebocas agotados» «Más de 200mil infectados en el mundo» «#CoronavirusChallenge» «Más de mil muertos» «La OMS recomienda a los gobiernos...» «Los canales de Venecia más limpios que nunca» «No creas tal información...» «Infor-

mación verídica...» «Desabasto de papel de baño» «Síntomas» «No hay suficientes respiradores en México» «#QuedateEnCasa» «Italia supera el número de muertos que en China» «Gobierno pone en marcha acciones para evitar la propagación» «Susana distancia» «Pánico» «Mensaje de España para el resto del mundo» «No se suspenden eventos en CDMX» «Cierre de bares, cines, etc.» «Un chino se traga un murciélago y yo no tengo papel para limpiarme el C..L...» «Economía en quiebra» «Dólar a 25 pesos» «Precio de la gasolina baja por culpa de COVID19» «Los pobres no podemos hacer cuarentena» «No hay apoyo del gobierno» «Gente inconsciente» «Asistente de tal evento da positivo a Coronavirus» «Gel antibacterial casero» «Tales empresas apoyan a sus trabajadores» «Despidos masivos» «Cuarentenas sin goce de sueldo» «Si no trabajo no como» «Limpieza en el Sistema Colectivo Metro» «Aún no hay cierre de fronteras» «USA cierra sus fronteras» «Agresión a paciente positivo a COVID19» «Adultos mayores los más afectados...»

Me duele la cabeza...

Miro la batería de mi teléfono y me doy cuenta que casi se agota, lo conecto y salgo de mi cuarto, no me fijé que hora era, voy al botiquín y busco una Aspirina, «Las Aspirinas no se recomienda en pacientes con COVID19». Me detengo por un momento y después me repito en mi mente, «Yo no estoy enferma» y tomo la pastilla.

Bajo las escaleras, todo está en silencio, “¿Dónde está mi mamá?” Me preguntó y preocupó al mismo tiempo. Llegó a la sala y me doy cuenta que la tele está encendida pero sin volumen, me acerco y antes de apagarla miro en el encabezado de las noticias «COVID19». La apagué de inmediato y al dejar el control en la mesa descubro una nota.

Antes de empezar a leerla ya he identificado que es la letra de mi mamá, el corazón se me acelera. «Hija, tu papá dio positivo a Coronavirus, estoy con él en el hospital, no salgas de la casa.» Mis rodillas me fallan y caigo sobre ellas a la mitad de la sala, mis lágrimas brotan intensamente y cubro mi boca con una mano como si eso pudiera sostener mi dolor. -¡No, No, No! No es verdad, no puede ser, mi papá... Mi mamá... ¡No!

Niego lo que acabo de leer y busco mi celular para llamar a mi papá, no lo encuentro y recuerdo que está arriba conectado, me levanto y corro por las escaleras...

Estoy a punto de llegar a mi cuarto, pongo la mano en el picaporte y al abrir la puerta tropiezo, la caída me provoca un vuelco en el corazón y despierto en mi cama con el celular en la mano... Por un segundo no sé lo que sucede, hasta que escucho el grito de mi mamá.

—¡Ana, baja a cenar!

Me enderezó súbitamente sobre mi cama y me mareo, hago lo posible por reponerme y bajo a toda prisa.

Antes de terminar las escaleras veo a mi papá apunto de sentarse a la mesa mientras mi mamá trae unos vasos de la cocina, corro y lo abrazo con todas mis fuerzas.

Ambos se sorprenden y casi al unísono me dicen.

—¿Ahora que mosco te pico?—

Niego con la cabeza y casi en un susurro les respondo que no me pasa nada, ligeras lágrimas caen de mi rostro y las limpio en la ropa de mi papá antes de separarme de él.

—Solo tuve una pesadilla, pero ya estoy bien.—

—Toma, muérdele al bolillo que te ves toda pálida, no te vaya a dar algo por el susto.— Mi mamá me extiende la mano ofreciéndome el bolillo recién comprado, lo tomo con mi mano aun temblando, ella se da cuenta pero no dice nada y solo nos sentamos frente a la cena servida.

—¡Oye pá! ¿A ti no te van a dar cuarentena en tu trabajo?

—De eso les quería hablar, nos dieron permiso de faltar pero no nos van a pagar el sueldo, así que pensé en qué tendremos que sacrificar el dinerito de las próximas vacaciones para quedarnos en casa.

—Está bien pá, no pasa nada si por este año no salimos de vacaciones, ¿Tú que dices má?

—Pues como siempre dices tú “ya que...” — Mi mamá hizo una exagerada imitación de mí y todos nos reímos a la mesa, gracias a eso pude dejar atrás esa horrible pesadilla.

—Mañana nos vamos al mercado y al super a ver qué tanto compramos.

—Claro pá, ¡pero está prohibido llenar el carrito con puro papel de baño!



BRENDA BERENICE VÁZQUEZ PÉREZ. Nacida en Ciudad de México el año de 1989, Lic. En Turismo del IPN, simplemente amante de los gatos y los libros de fantasía. Actualmente estudiante del primer semestre de Creación Literaria en la UACM.

# Adentro y Afuera

Miguel Terrazas Morales

Estábamos llenos de miedo y nadie debía salir de casa; así lo anunciaba la Guardia Civil. Lo sé por qué lo vi en el descanso que nos permiten ver televisión. Yo que siempre he ido en contra de todo, inclusive de mí mismo, Espere que el miedo y el pánico me hicieran dormir. Entonces vi a mi mujer, me sentía como un animal salvaje dentro de estas paredes. Sigilosamente abrí la libertad, no importaba la guardia civil si no ella. Días atrás en la visita, la mire caminar sin miedo, esa mujer de sinuoso cuerpo y caderas abundantes me tenían rabiosos. Fue entonces que decidí la cacería, este encierro ya era demasiado tedioso, no había contacto y yo necesitaba carne, La seguí sigilosamente con el mirar de un perro con hambre, ya no importaba la seducción y la cortesía, quería

poseerla a pesar de ella, me sentía un animal sin prejuicios y escrúpulos, literalmente había perdido la cordura.

Todo se pierde cuando la libertad te convierte en un esclavo y el problema se transforma en un enemigo de la salud global. Los que conocí varios han sido quemados fuera de su hogar, fue lo que escuche y ahora es una solución por el temor a morir, nos hemos convertido en animales por miedo al contagio. Yo sigo renuente, me parece una voluntad dirigida para volvernos locos. El muerto siempre merece una despedida digna. Ahora ya no es necesario.

Se acabaron las tradiciones en esta pandemia. Todo lo que imagino es por la hostilidad de este encierro y mi pase a la libertad ya no depende de un juez; si no de este maldito virus que me sigue encarcelando, no sé nada de lo que a fuera ocurre, El mundo se ha vuelto ajeno a mí, los celadores me dicen que estoy mejor aquí, las esperanzas han cambiado, tal vez cuando pase todo esto, no encuentre a nadie.

Me despertó la voz de cada día a las 5:00 am, se pasaba lista como cada maldito día de rutina, pregunte que si hoy si habrá visita y recibo un golpe directo y me piden que cierre

la boca. Lo único que anhelo es saber si mi madre vendrá y si en mi historia personal ya falta alguien.

Que está pasando pregunto, recibo otro golpe más y me llevan al túnel de saneamiento, todos están cubiertos, vestidos de blanco mascarillas y guantes, nos piden que no miremos al patio común, de reojo observo un montón de ellos, haciéndose cenizas en ese patio.

MIGUEL TERRAZAS MORALES. Originario de Monterrey, N.L. Arquitecto de profesión y asiduo lector. Escribe desde los 25 años. Escribió en la Revista el *Caracol* en el año 2003. Curso Taller Intensivo para Lectores y Escritores con la escritora Ethel Krauze y actualmente participa en el taller Textos Narrativos y periodísticos con el escritor Margarito Cuellar.

# Misterios del Oriente

Guido Astolfi

El año 2020, según el horóscopo chino, es el de la rata de metal. Según dicta esta antigua tradición, la rata marca el inicio de un nuevo ciclo que dura 12 años. El simbolismo del metal supone indicar un año repleto de «optimismo», búsqueda de «armonía», «consolidación» y «cambios radicales». Solo que a alguna persona irresponsable se le olvidó avisarle al 2020 que así debía ser. Casualidad de los tiempos, que este sea el año en que un roedor alado confine a la humanidad a no salir de sus madrigueras.

Todo lo místico y emocionante viene de «donde nace el sol». Claro, el oriente entendido como una bolsa negra en la que se mezclan todas las nacionalidades que se asume tengan ojos rasgados, desde vietnamitas, taiwaneses, japoneses, coreanos, mongoles y un larguísimo etcétera.

Obviamente por que todos se parecen entre sí, todos son «chinitos» de allá de Asia, de lo lejano.

Es de oriente de donde ya venía desde tiempos inmemoriales lo misterioso, lo destructivo, lo que causa temor. Ejemplos: Aníbal (preguntemos a Cártago); Mao Tse-Tung (cuestionemos al capitalismo); Ding Ling (interroguemos al machismo); Bruce Lee (consultemos con Chuck Norris); el mandarín (averiguemos con mi torpe y enredosa lengua); ZhenLi Ye Gon (curioseemos con Felipe Calderón). Hasta la misma Ciudad de México tiene *issues* con el levante: allí está Iztapalapa, la esplendorosa perla del oriente chilango.

Ese baño de misticismo que perfuma a todo lo proveniente de Asia es lo que ha exotizado el brote del nuevo virus COVID-19. Un murciélago maldito (que no es Batman) ha venido a poner en un serio jaque al mundo (más que el avance de la homofobia) brindando incluso notas para un apocalipsis (que por desgracia es el del patriarcado). Así han llegado las teorías de conspiración sobre el origen de la enfermedad, principalmente a los medios de comunicación en boga: las occidentales redes sociales. Éstas han hecho una

labor gigante para que cinco ideas paranoicas sean ampliamente difundidas entre la crédula población:

1. *Conspiración china para dominar al mundo.* Los chinos, esos malvados geniecillos a la usanza hollywoodense, han creado un virus letal para la humanidad para que una vez controlada la epidemia puedan consagrarse como dueños del mundo.

Una teoría tan irrisoria, que suena muy cinematográfica: protagonizada por Idris Elba como salvador del mundo y Scarlett Johansson como la sexy bomba asiática perversa.

2. *Epidemia selectiva capitalista para matar personas ancianas.* El microbio infame es liberado por el depredador capitalismo, con sus máximos representantes en el Consejo de Bilderberg, con el objetivo de exterminar con la población más longeva y menos generadora de ingresos del planeta.

Esta teoría resulta tan explotadora, que obligaría a que las personas jóvenes y pobres serán quienes paguen los

platos rotos de las economías caídas durante la recuperación del mundo ante la pandemia. ¡Chingale! Ya lo hacen, con o sin enfermedad.

3. *Venganza de la naturaleza.* El fanatismo chino por comer animales exóticos y domésticos como perros y gatos ha ofendido a la Madre naturaleza enviando una plaga mortal en represalia por sus muertos.

Esta teoría cobra vividez y validez entre sectores poblacionales con acceso limitado a la educación, víctimas de la mayor enfermedad mental: el prejuicio. Este mal permea tanto, que hasta ilustres filósofas posmodernas mexicanas han tenido que pedir disculpas por sus declaraciones. Justo allí es donde radica la pobreza de su argumento, en donde lo pre imaginado se apodera de lo que desconocemos.

4. *Experimento social a través del miedo.* El COVID-19 ni es tan mortal ni tan fácil de transmitir: todo es parte de un experimento de histeria colectiva para manipular a la población.



La teoría más difundida, a la luz del libro de Naomi Klein. Sin embargo el miedo que da miedo del miedo que da y por miedoso, mejor ya ni digo nada.

5. *Virus creados por laboratorios*. De nuevo, los maliciosos «chinitos» (*Dí en qué crees que eres bueno y seguro habrá algún asiático mucho mejor que tú ¡Qué viva la terquedad prejuiciosa!*) hicieron un experimento que se le salió de las manos.

Sin duda a Mel Brooks Jr. (Guerra Mundial Z) y a George Romero (La noche de los muertos vivientes) les encanta esta teoría. Tome su like, buena persona.

Todo es conspirativo, hasta las mismas conspiraciones. La liberación del poder de los medios de replicación masiva ha puesto a elucubrar cada quien su propia versión de lo que acontece en el mundo. Hace rato que la lectura se suicidó por falta de comprensión. Benditas redes sociales que me permiten expresar lo que cargo adentro, aporte algo importante al mundo o no. Gracias por tanto amor expresado en

likes, por hacer que mi voz importe tantos retweets. Favor que me hacen al llamarme influencer social, aunque en la vida real sea un fantasma de las calles.

En el pasado, estas geniales y comploterías ideas daban origen a grandes libros, hoy soy grandes tweets. Antes se leían esas maquinaciones en grandes plazas al público para el entretenimiento general, hoy se leen mientras se pierden en habitaciones tan pequeñas, como un departamento de la colonia Agrícola, la Oriental.

Misterios del oriente, por favor, ya no nos azoten con su indescifrabilidad. Miren que si la pequeña rata ya nos dió este 2020 golpes duros con su metal, esperamos que el buey no nos arrastre el año siguiente.

GUIDO ASTOLFI (CDMX) es Licenciado en Comercialización Internacional por la ETTA - ESCI con especialidad en Tráfico y Tramitación Aduanal. También es egresado (próximo a titularse) en Relaciones Internacionales por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM. Ha

dedicado su experiencia profesional a sus pasiones: Juventudes, Derechos Culturales y Derechos Humanos LGBTQ+. Ganador del prestigioso premio Manzanilla Grisi al «Mejor cantante de regadera» otorgado por su cepillo de dientes. Cadáver, sombra, polvo, nada. Lo demás, un misterio.

# Crónica coronavirus

Daniel Alejandro Ávila Saulés

## Día 1 de la cuarentena

Dicen que la crisis económica causada por el «virus chino» durará toda una generación. Empleos se pierden, el peso cae, miles mueren. No se dan abasto las funerarias y hospitales en Europa. Vemos desfilar camiones militares italianos llenos de cadáveres. ¿Cuándo desfilarán en mi calle? No es sorprendente, las crisis han durando toda mi vida. Esos tiempos supuestos de una bonanza económica, donde el mexicano, latino o terrícola no conocía penurias, enfermedades, guerras o violencia, son relatos de un no lugar, un lugar utópico. Vivimos en la eterna crisis, de distopía en distopía.

Inicia la fase 2. Sin embargo, el tianguis de mi calle se puso igual. Los comerciantes colocan sus lazos de árbol a árbol, gritan y pregonan la oferta. La señora de los tlacoyos

amasa a gusto y el de los tacos prepara sus salsas como siempre. Solo menos clientes transitan el mercado. La peste es un fantasma lejano.

### Día 3 de la cuarentena

Le tememos a los apestados terroristas, los sembradores del terror, que enfermos quieren llevarse a más personas al hoyo. Los que caminan por las calles y dejan su aire infecto y los objetos enverdecidos por la muerte. Cada individuo es un potencial enfermo, un posible terrorista.

Por un lado, los enfermos que sin importarles infectan a otros y, por otro, el que ignorando su padecimiento salpica saliva diciendo fonemas labiodentales y escupiendo sobre la gente su pus. Aunque sea un ser querido, puede representar para nosotros la infección más cruel.

### Día 5 de la cuarentena

¿En qué casa se quedan los que no tienen casa?, ¿con qué agua se lavan las manos lo que no tienen agua? Retumba el

pánico al oído de la gente, solo como un rumor, un secreto a voces. ¿Y si en unas semanas estamos como en Europa? ¿Y dónde me escondo de la muerte si me viene a buscar? ¿Alguien conoce a una persona con coronavirus? ¿No es para tanto? ¿Es para mucho? ¿El virus es un invento del gobierno, de la derecha, de China o de Trump? ¿A quién le rezamos o maldecimos?

### Día 8 de la cuarentena

777, 286 infectados confirmados. 37,140 muertes. En un mapa durante una transmisión en vivo brotan puntos rojos en todo el globo, se pintan de color fuerte los países donde la epidemia no para y la gente muere a miles. ¿De qué color se pintará mi país? Treinta y siete mil muertes hasta hoy. El año pasado en mi país desaparecieron, sin ninguna pandemia, casi el doble de personas por algún virus desconocido que los volvió fantasmas.

## Día 10 de la cuarentena

¿Cuales serán las lecciones 2020? Los conocimientos que nos ayudarán a pelear contra una pandemia dentro de cien años, en el futurista 2120.

En las calles la gente no para, saluda, se acerca. El riesgo es algo conocido bien por los habitantes de esta ciudad. Algunos saqueos esporádicos ayudan a esparcir el miedo, es el signo de que algo pasa. Un nuevo riesgo, un virus que mata miles de europeos, chinos y gringos, no nos atemorizará más, dicen. Estamos curados de miedo, se vive el pánico en las calles o las casas, encerrados o libres.

## Día 12 de la cuarentena

¿Cómo pelear contra una enfermedad sin cura? ¿Cuánto alcohol, tapabocas o paracetamol se necesita para esconderse de la muerte? «No existe ningún medicamento para prevenir o tratar la COVID-19. Algunos pacientes pueden necesitar tratamiento sintomático que les ayude a respirar.»

Así los países inician una batalla por la cura. ¿Qué potencia logrará pisar por primera vez el virus lunar?

### Día 13 de la cuarentena

No se den la mano, no se besen, no se acerquen, no salgan a menos que sea necesario. No respiren, no vean a los ojos, no te conviertas en un apestado, en un homicida, en un infectado.

### Día 15 de la cuarentena

Un millón trescientos nueve mil y tantos casos de quien no puede respirar, de quien le duele la vida y camina contra la muerte. Setenta y dos mil y tantos asesinados por un virus tan pequeño. Los números se duplican.

Los números son curiosos. Los números de mi gente, los números en otras tierras, los números que no se cuentan, los números de Occidente que valen tanto, los números en el tercer mundo que valen tan poco. En matemáticas conseguía un resultado claro  $1=1$ , pero era un resultado falso. Un



1 en Sudáfrica no vale lo mismo que un 1 en Suecia. La economía y la raza lo saben, la muerte debe también saberlo.

### Día 17 de la cuarentena

Se gesta una guerra; los buques se preparan, los cuarteles alistan medicinas, equipo, doctores y armas. En el caos de mi ciudad se acumulada, se mata, se desprecia igual.

### Día 20 de la cuarentena

Hoy dicen que ha muerto alguien en mi colonia y solo pensé en venir a escribirlo. Se ha suicidado en la noche, cuando le dijeron por mensaje telefónico que podía tener coronavirus, en ese momento, sin saberlo, yo me servía otro plato de mi cereal favorito.

Supongo que mi vecino no soporto el rechazo. Nuestra salud, nuestro cuerpo, nuestra sexualidad, nuestros modos de relacionarnos, nuestra vida y nuestra muerte son menos nuestros que nunca. En la pandemia eres un elemento antisocial, que solo puede vivir en el vientre de la progenie.

Si te pesca el virus, dejas de ser, simplemente, tú. Entrás al territorio de la enfermedad, como al de la locura. Eres un infectado, eres otro.

# La importancia de Radiohead en la primavera del 2020\*

Carolina Suárez Ríos

La voz de Thom Yorke penetra mis oídos. Y esa palabra, «penetrar», nunca se había sentido tan bien. Hay canciones que parecen haber llegado tarde, para mí, *Reckoner*, creo yo, me llegó tarde, tal vez todo Radiohead me llegó tarde, eso creo, porque cómo hubiese deseado que me llegara hace 10 años, aunque no sé si hace 10 años lo hubiese sentido de la manera en que lo siento ahora. Lo que importa, es que puedo escuchar *In Rainbows*, y sentir que todo lo que hay dentro mío, se estremece entero, es como si me dejara caer al vacío, como si entrara en él de una manera tan grácil, de

---

\*Nota: se recomienda poner *playing* al disco *In Rainbows* de Radiohead, lanzado en el 2007, (De preferencia, el track 7, titulado *Reckoner*, o bien el track 4, titulado *Weird Fishes/Arpeggi*) mientras se lee el siguiente escrito.

pronto me vuelvo etérea, y estoy segura, no hay un escape más inmersivo y más placentero que ese.

Ahora hablo de escapes porque es lo que me rodea en estos momentos, hablan de «encierros», «cuarentena», «resguardarse», para mí, esas palabras se transforman de a poco en «casa», «encierro», «escape», «salir», «familia», «convivencia forzosa», «compartir» «tiempo lento», «espacio reducido», y yo no sé cómo explicar, que no se trata de sólo estar en casa, no, se trata de estar en casa contigo mismo, con otras personas que también tienen que soportarse a sí mismas, es un encierro en todos los sentidos, uno físico, pero también uno hacia adentro, ¿Cómo hago yo para soportar a mi padre y su insomnio?, ¿a mi madre y su menopausia?, ¿a mi hermana con su hostilidad? ¿A mí misma con mi ansiedad? ¿Cómo hago para tener un espacio propio en estos 60 m<sup>2</sup>? ¿Uno en el que me pueda expandir y vaciarme entera sin tener que compartir un poco de mi intimidad con esos otros? Uno en el que pueda llorar a la hora que quiera, en el lugar que quiera, en el volumen que quiera y no que me tenga que ver limitada a aguantar el llanto cuando me venga,

sostenerlo hasta que llegue al baño y entonces derramarlo en el silencio más incómodo y apesoso, y apresurarme, porque claro, hay que secarse los ojos y echarles aire para que ya no se vean enrojecidos y todo esto para evitar la incómoda pregunta «¿qué tienes?, ¿Qué te pasa» y la incómoda respuesta «nada», en un nada cabe mucho; llorar porque hace 15 días que perdí a mi mejor amigo, porque lo extraño cada hora, o porque le dije que no a un amor que podría haber sido lo mejor del universo entero pero tuve miedo, o porque quiero ser escritora y me aterra ser pésima, o porque leí un poema de Mary Oliver, porque recordé el momento más hermoso de mi vida, porque recordé el momento más triste de mi vida, porque mi tía se está quedando ciega, porque tomé un té de lavanda que me hizo recordar a mi amiga de la secundaria que desapareció a los 15, porque me caí en las escaleras, porque leí la muerte de Piel Divina en Los Detectives Salvajes de Bolaño y por qué se yo, miles de cosas más, por esas razones me quedo en el baño hasta que mis ojos vuelvan a la normalidad y pueda evitar esa pregunta y esa respuesta.

Bueno, lo que intento decir, es que uno tiene que encontrarse una hora de la madrugada, justo cuando los gallos ya empiezan a cantar, para tomar los audífonos, ponerlos a todo volumen, escuchar *Reckoner*, y agradecer, agradecer a mi yo del pasado por no haber escuchado Radiohead antes, por guardarme *In rainbows* hasta este 2020, y por permitirme éste escape tan profundo, tan precioso y tan libre, éste que me permitirá despertar el día de mañana y ver mi casa como un hogar y no como una jaula, para ver a mis compañeros de encierro, como mi familia y no como unos intrusos, para disfrutarlos (y detestarlos por segundos) y para reír con ellos, para preguntarles qué piensan de esto o aquello otro, para conocerlos y reconocerlos, para mirarlos, para volver a mirarlos, para hacerme mirar por ellos, para hacerme escuchar, para abrazarlos, para cocinar juntos y degustar juntos el sazón de mi hermana que no es el mismo que el de mi Padre, o el de mi Madre o el mío, para descubrir, que mi mamá odia las calabazas y la coliflor a pesar de que nos las cocinó por años y que siempre hizo trampa porque nunca

las comía; para descubrir que papá ama los thrillers y las películas blockbuster; que mi hermana tiene amigas con las que habla por teléfono a escondidas y les cuenta sus sentimientos y quejas y alegrías, a pesar de que siempre ha sostenido que no tiene amigos; para descubrir que adoro escuchar a los gallos cantar, y que éstos suenan mientras yo escribo y lo disfruto y entiendo con mayor profundidad que en esta vida, quiero ser escritora. Y es esa, querid\_s tod\_s, la gran importancia de Radiohead en este tiempo de crisis mundial.

CAROLINA SUÁREZ RÍOS. Estudié Diseño y Comunicación visual en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, he tomado muchos talleres, especialmente de literatura infantil y juvenil: edición de libros, narrativa gráfica, minificción, creación literaria, ilustración, entre otros. Asistí al 3er seminario internacional de ilustración de la FILIJ. Y cursé un diplomado de Creación de Libros ilustrados y libros álbum en la Academia de San Carlos. Colaboré en el área de Diseño

y gestión en DEVHR: Foro Internacional de Juego. Trabajé como mediadora de lectura y tallerista de artes plásticas en Nómada: Laboratorio de Iniciación artística y Colaboré en la Editorial Alboroto Ediciones, una editorial de literatura infantil y juvenil, especializada en la creación de libros álbum. Creo fervientemente en la Literatura Infantil y Juvenil y en la importancia de la lectura de la imagen y de la palabra.



# Foraneidad

Félix E. Huerta Díaz

Hace unos meses que quiero reventar en lágrimas, sólo que nomás no se me da. De un día a otro la ciudad estaba infestada; alguien tosió en el metro y todos corrieron, como huyendo de sí mismos, acaso más por instinto que por seguridad. Una niña quedó llorando sola en el vagón. También quise correr, pero el recuerdo de mi jefita y sus palabras santas hicieron que me quedara hasta llegar a Revo: «Mijo, véngase pacá que ya me trae con el pendiente todo esto. Acá se me cura desa gripa fea que usted tiene. Pero jálese ya, que le hice su caldito».

Veo la estación, apenas Gral. Anaya; ni pedo. Oaxaca, Oaxaca linda, allá te voy, querida. Mis sueños ya te evocan.

Tomé mi atado, salí del vagón. Subí escaleras y vi cómo alguien gritaba: «¡Que viva en la calle no significa que yo esté enfermo, no me tires las monedas como si fuera un perro!».

El vato lloraba con odio y rabia. Ya no era un vagabundo, ahora era el apestado; le rompieron lo humano apenas sin tocarlo. Lo último de cercanía que tuvo en vida, ahora sólo el silencio y la distancia mayor. Contuve las ganas de toser, tenía calor. Mi sudadera abrigaba el infierno y dos bultos me subían más la temperatura. Tosí. Tosí fuerte y por largo rato. Quedé solo. Reemprendí el camino a monumento a Revolución (¿Quién será este Revolución? Yo no lo conozco, mi familia y pueblo acaso de nombre). Miré a todos lados, todos me miraron y la ciudad misma parecía tosernos en la cara.

Por fin el autobús, sólo quedaba dormir las ocho horas de viaje y olvidarme de este virus.

¿Sabes que estaría más chido? No pegar el puto ojo en ningún momento y escuchar a todo un autobús toser al unísono. ¡Eso sí que mola! Estrafalario el pedo. Bueno, va. Llegué a Oaxaca. Ningún puto taxi quiso recogerme a las cuatro a.m., igual que casi ni pasaban. No llevo teléfono desde hace un tiempo así que prácticamente no podía avisar a

nadie si llegué bien o no. Mis padres ya se acostumbraron, yo no. Por fin pasa uno a Mitla.

—¿Me llevas a Tlaco? (Tlacolula, mi pueblo. Mitla es más adelante)

—Simón, súbete.

Primer silencio incómodo.

—Como le digo, compa. A mí esto del coronavirus me va y me viene. Primero se inventaron lo del chupacabras, luego a la chachalaca y puro chisme feo. ¿Ahora esto? ¡Naaa! Eso es puro cuento pa asustarnos, pamí esa madre no existe.

Dentro de mí aguantaba el toser; no pude. Me vino un ataque asqueroso de tos, asqueroso, no lograba controlarlo, mi mente no pudo. El pánico y la presión social pudieron más. El chofer subió la ventanilla y se quedó callado. Yo estaba sudando, se calmó mi tos y sólo dije gracias con la voz muy cortada. Segundo silencio incómodo. Creo que me incomodé al silencio mismo, éste dijo: Damnnnnnnnnn, dude!

Llegué a mi casa. Tosí. Mis padres se levantaron y también corrieron, pero corrieron a abrazarme; hacía tiempo

que no nos veíamos. Me quieren mucho, a ellos nada les importa el virus con tal de abrazarme y estar juntxs de nuevo. El mundo, de nuevo, volvía a abrazarme, volvía a aceptarme y a quererme. Yo los abracé a ellos y lloré por tres días.

FÉLIX HUERTA. Poeta y Dinamitero del estado de Oaxaca. Influenciado por los conflictos bélicos del 2006 en el estado, decido escribir para no olvidar. Mi vida da un tumbo cuando veo a mi profesora de primaria cargar con piedras en el morral para arrojarlas a los policías que nos disparaban; comí y crecí entre barricadas. Nunca he querido publicar mi obra, pero decido concursar a manera de ensayo por lo que viene. ¿Qué más? Tengo 23 años, aunque recientemente he descubierto que ya viví en otras eras. Soy más que un paisajista de la destrucción, las flores y el canto de mis hermanxs. Me gustan las flores y el amarillo es mi color favorito. Ah, curso la carrera en Creación Literaria y cuando me muera quiera ser un caracol

## De la soledad y otros sinsabores...

Claudia Nayeli López Cambray

En mi *apartamento*. Sí, tal cual el nombre lo indica: *Apartada* de todo y de todos. Sencillamente, ¡aislada! Confinada... Encerrada entre cuatro paredes. Tan sólo dispongo de unos cuantos acompañantes a los que, en realidad, les debería llamar *muebles*. Un sofá café ya desgastado, sobre todo, hundido por el uso que un cuerpo cansado le ha dado después de un día de ardua labor. Al frente, una pantalla que me hace compañía en tiempos de ocio y, otros tantos, de dolor y desasosiego. Al costado, una mesa amplia siempre repleta de papeles, plumas, libros y cualquier otro artículo de escritorio. En el fondo, sobresale un gran espejo cuadrado con un marco de color negro que viste una de las paredes vacías de ese mi pequeño hogar; creo que ahora merece ser llamado, *refugio* o, tal vez, *caverna*.

¡Maldito encierro!, ¡caramba! ¡He estado tan acostumbrada al movimiento, al bullicio y a la efervescencia del mundo exterior que ahora me es difícil saber convivir con el silencio y la calma!

Abro la ventana, asomo la cabeza. ¡No hay nada, no pasa nada! ¡Qué desoladora es aquella estampa grisácea que miran mis ojos! Como si todo estuviera pausado en el tiempo. No hay nadie en las calles. No hay perros ladrando. No hay música *altisonante* que provenga de esas clásicas fiestas vecinales que no dejan dormir por las noches. Tampoco están los jóvenes que se reúnen en las esquinas para socializar con una cerveza en mano y con los estéreos de sus autos a todo volumen. No se oyen los ruidos de esos vendedores que, presurosos, ponen sus puestos para saciar los antojos de los que caminan por las aceras con el ansia en el estómago. Respiro, aspiro, inhalo, hago de todo, y... ¡nada! La agudeza de mi olfato no logra detectar el dulce aroma de los tacos, las quesadillas, los pambazos, las alitas... Como si la noche lo hubiera devorado todo...

Siento extrañeza al no percibir algún sonido u olor a los que siempre he estado acostumbrada y que nunca me había preguntado qué pasaría si no estuviesen allí, como lo hago hoy.

Tampoco están esas escenas tan comunes que, en el día a día, mis ojos observan, analizan, critican y hasta juzgan. No están las personas que pasean a sus mascotas por las banquetas maltrechas de la colonia; ¡caray!, ¡cómo es posible que no puedan recoger las heces de sus perros! No están los niños jugando en plena calle al paso de los carros; ¡padres desnaturalizados que permiten que sus hijos jueguen hasta tarde! No están esos adolescentes haciendo pintas en las paredes de los edificios; ¡cuánto descaró!, ¡que vayan y pinten mejor la casa de su abuela! Mucho menos están esas parejas de novios que, tomados de la mano, buscan privacidad para demostrarse amor; ¡claro!, ¡ellos sí que no están solos!

¿En dónde se metieron?, ¿será que todos están resguardados en sus *cavernas* como yo lo estoy en la mía?

¡Insólita ausencia!

¡Qué raro me parece todo cuanto miro por la ventana! Es como si esa imagen que tengo enfrente de mí, enmarcada en un tosco metal de acero inoxidable, fuera un cuadro de algún pintor famoso que hubiera decidido capturar el instante justo en que la vida de una ciudad muere, ¡sin ganas de seguir en pie!, desfallecida, cansada por el hervidero de su gente, ¡dando sus últimos suspiros! Agonía...

En el ambiente, alcanzo a respirar el miedo de las personas. El fuerte viento que azota la noche así me lo ha hecho saber. Percibo un agrio, pero sutil y frágil, aroma de tensión y hasta de repulsión. Lo sé, ¡lo siento! La desolación en las calles así lo denota. Son estos los efectos de una sociedad que enferma de poco en poco, que teme a salir. ¡El virus anda suelto! ¡Más vale el resguardo! No veo a algún valiente que quiera arriesgarse a andar deambulando sin ton ni son. Tan sólo se escucha el viento rugir...

La noche está aquí, para cubrirnos a todos; pero pareciera ser que la gran mayoría ha preferido quedarse en la oscuridad de sus casas. Ahí donde nadie los pueda ver, ¡ahí donde nadie los pueda contagiar! Cada uno, viviendo su



propia soledad, carcomiéndose las entrañas, sufriendo los estragos de este cruel vacío. Y es que muchos no sabemos vivir bajo esta perversa condición que nos mantiene al margen de los demás, que nos aísla del contacto físico de los que nos quieren, de los que queremos. Que nos aparta de todas aquellas personas que se convierten en nuestras razones de vida, que nos inyectan el alma de energía; que, simplemente, ¡nos hacen creer que se puede estar mejor en compañía! Lo acepto y lo reconozco; desafortunadamente, somos tantos y tantos los que no sabemos estar solos.

¡Estúpida nostalgia!

El viento sigue corriendo, ahora lo hace con cierta cadencia. Los árboles se mueven suavemente de un lado a otro como si quisieran hablar y decir que no estamos solos, ¡que están ahí para nosotros! Siempre miro a través del cristal para ver pasar a los demás, yendo y viniendo, aprisa. Ahora, no hay nada qué observar, son los árboles los que, en estos instantes, roban mi atención. Quizá, desde tiempo atrás, han intentado decirme algo, y yo no he sabido escucharlos. Los observo con mayor cuidado, a detalle... Sus ramas, sus

formas, sus colores. También, su dolor, o ¿será acaso el mío? Tengo todo el tiempo del mundo para sonreírles, para llorarles. ¡Cuánta belleza hay en ellos! La brisa tenue me hace llegar su dulzor, su frescura. Los admiro pacientemente; total, no hay más qué hacer en estos momentos. Me dan tranquilidad, ¡siento paz! Me invitan a la reflexión: ¿Quién soy?, ¿en qué me he convertido?, ¿qué espero de la vida?, ¿qué hay de mis sueños?, ¿los he conseguido?, ¿hacia dónde me dirijo?, ¡mis errores, mis errores!, ¿cuántos he cometido? De pronto, me veo invadida por varios cuestionamientos que atormentan mi supuesto espíritu emprendedor, el que siempre creí tener; al principio, son pocos, pero después no sé cómo parar. ¡Se atropellan los unos con los otros! Y, yo, salgo lastimada ante tantas preguntas que no hallo cómo responder de manera contundente y sin que mi dignidad salga tan humillada, tan raspada.

¿Qué carajos hago aquí platicando con los mismísimos árboles, con el cielo, con la luna, con el viento? (O, quizá sea mejor decir, charlando *en y con* mi soledad). ¡Vaya!, no hay ni una sola persona a mi alrededor que me ayude a re-

conocerme, a desenmarañarme... Alguien que me sacuda un poco y de tajo... ¡Claro!, así como sólo los verdaderos amigos lo saben hacer. ¡Ni modo!, ¡tengo que hacerme de mis propios medios!

¡Profundo vacío!

Vuelvo la mirada al interior de mi *apartamento*, allá donde está ese gran espejo. Miro el reflejo. ¿Qué es lo que veo? No lo sé, hacía mucho que no posaba los ojos sobre ese pedazo de cristal para preguntarle acerca de la mujer que hasta este momento estaba siendo. Él siempre había buscado la forma de halagar mi aspecto físico, en darme a saber si estaba usando la cantidad correcta de sombras en mis párpados, si mi peinado era lo suficientemente estético o si el color de mi labial estaba puesto en su lugar; lista para salir adelante, ¡a conquistar el mundo! Pero no recuerdo cuándo fue la última vez que me habló sobre lo que veía dentro de mí, en las profundidades de mi alma y mi ser. ¿Tan quedito me lo habrá dicho? ¡Qué va! Ahora que tenía la intención de descubrir quién era yo, el espejo no supo responderme, no

sabía cómo hacerlo. Dejé de mirarlo, no pude sostenerle la mirada. Sentí pena por él, sentí pena de mí misma...

Creo que había llegado el momento oportuno de buscar en lo más recóndito de mi interior quién era esa persona que tantas respuestas estaba buscando. ¡Tenía tiempo de sobra para investigarlo, para saberlo!

¡Aquí y ahora, en esta maldita soledad!

Decidí seguir charlando con los árboles, con el cielo, con mis nuevos amigos: los astros del firmamento. La gente siempre recurre a ellos en tiempos de crisis, ¿no? Eso es lo que he escuchado decir. ¡Algún extraño poder sobrehumano han de tener! Seguramente, ellos sí que me sabrían escuchar y, quizá, me ayudarían a aclarar todas mis dudas. Poco a poco, mi mirada se quedó suspendida en el vacío, intentaba llenar ese hueco hondo que se apoderaba de mí. Alcancé a ver con el rabillo del ojo cómo mi vecino del apartamento de enfrente había decidido cerrar su ventana y bajar su cortina, tal vez con la sospecha de que yo, a la distancia, lo estuviera observando. No me importó. Seguí ensimismada, en el infinito, buscando respuestas. Las calles

vacías y sin bullicio me darían la oportunidad de pensar con mayor tranquilidad y, sin temor a equivocarme, a entender con gran responsabilidad aquello que ahora me taladraba el pensamiento.

El silencio de la noche se hacía presente, las luces de las casas vecinas alumbraban mi desconcierto, el viento resoplando calmaba ligeramente mis angustias y los árboles en movimiento parecían comprender mi pesar, como si quisieran regalarme un poco de consuelo. El cielo en tinieblas, tan grande y majestuoso, estaba listo para responderme: «No estás sola, vendrán tiempos mejores...»

CLAUDIA NAYELI LÓPEZ CAMBRAY. Desde niña, supo que lo suyo sería ser maestra y, a ello, le apostó. Ha dedicado su vida a la docencia. Confía en lo *mágico* que puede llegar a ser un salón de clases. Allí, el justo medio, donde se gesta la posibilidad de cambio. Es de las personas que considera que no se puede vivir aislado, en confinamiento. Cree en el aprendizaje, los unos con los otros, cara a cara. Pero, sobre

todo, cree en *los* alumnos, en *sus* alumnos. Actualmente, es profesora de asignatura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), plantel Cuauhtémoc.

# El combate

Germán Méndez Lugo

Nunca pensé que un combate de *WhatsApp* se iniciaría cuando un amigo boliviano expresó su opinión sobre el Covid-19 en un grupo.

Raúl, que así se llama el amigo, dijo que se había puesto a realizar algunas operaciones matemáticas sobre la situación en Italia:

Al día de hoy (26 de marzo), son 8 mil 165 muertos en Italia, cuya población es de 60 millones 480 mil habitantes. Entonces, ha muerto el .0135% de su población. Sí, hay que tener precauciones, pero lo grito a los cuatro cielos en mi confinamiento cuidado por el ejército boliviano:

¡ESTO ES UNA ESTUPIDEZ MUNDIAL!

Otro compañero, Gustavo, que vive en Oaxaca, le respondió inmediatamente con un golpe recto a Raúl, y así inició el primer *round*:

Visto así, con esa lógica de contador, claro que es una estupidez, pero ese no es el pedo: La bronca de fondo son los devastados sistemas de salud que son incapaces de admitir a miles de personas contagiadas.

No sólo importa el porcentaje de muertos, sino la forma de morir. No me quiero ver moribundo en un hospital sin camas, médicos y equipos.

La inmunidad de manada es un hecho y se dará, pero antes se van a morir un chingo. En una racionalidad contable son poquitos los muertos, pero en una perspectiva un poco más humana los porcentajes de vivos y muertos no tienen sentido. Sobre todo, si la mayor parte de los muertos son viejos y pobres.



Fue ahí cuando intervine de una manera provocadora, ya que me di cuenta que estábamos ante un combate en el cuadrilátero de las redes sociales. Y esto escribí:

*¡Pelearán a tres rounds! ¡En esta esquina, desde Bolivia, la tierra del charango y la vicuña, el temible Raúúúúú Espinosaaaa!*

*¡Y en esta otra, el oriundo de la Ciudad de México y radicado en Oaxaca, el intrépido Gustavooooo Sánchez! ¡Hagan sus apuestas, señores y señoras!*

Así inició así el segundo *round*, en el que Raúl tiró un duro gancho a su oponente, como para medir a su adversario:

No va conmigo adjetivar respuestas. Sólo es un llamado a la reflexión: ¿Cuántas muertes de los más pobres y jodidos causará esta irracional y desproporcionada respuesta global? ¿Cuántos millones más se sumarán a la pobreza extrema después de esto? Y sí, no son números, son personas.

Gustavo, que es un experimentado pugilista de los cuadriláteros sociales, contraatacó con un izquierdazo:

¿Entonces la opción era no hacer nada? ¿Esperar a la inmunidad de manada? Las medidas de confinamiento no son iguales en todos los países. En México, creo, se ha hecho una muy inteligente toma de decisiones: equilibrar el impacto de la pandemia en la salud colectiva y en la economía.

Es pronto para sacar conclusiones, pero si al Dr. López-Gatell le sale la estrategia, quizás México sea el país que mejor afrontó esta megabronca.

Ahora toca atender la economía doméstica de millones de familias, Ese es otro problema donde no hay mucha claridad. Las transferencias monetarias están bien, pero mucha gente no tiene acceso al sistema bancario.

No tengo ni idea de cómo van a entrarle: quizá bancos de alimentos, despensas urgentes, monedas comunitarias...

Raúl, ni tardo ni perezoso, respondió con un gancho al mentón en lo que sería el tercero y último *round*:

Nunca dije que la alternativa era no hacer nada. Por el contrario, mencionaba que hay que tener precauciones. Mi punto es la desproporcionada respuesta global. Creo que el remedio está peor que la enfermedad, literal.

Gustavo, con esa condición física que lo caracteriza, aventó un último puñetazo:

¿A qué hora tener precauciones si eso llegó de chingadazo?

Algunos países pararon a lo pendejo y con medidas de control poblacional totalmente fascistas. México no. En sentido estricto, en México la cuarentena es sin medidas de restricción militar.

No hay toques de queda ni milicos patrullando las ciudades. Yo salgo a comprar frutas y verduras con la marchante de siempre; le hago el gasto a la doña del pollo y a la de las tortillas;

el lechero entrega puntual leche y queso. En las ciudades grandes la situación es más compleja.

Durante y después del acalorado combate el público expresó sus opiniones: Gaby apoyó a Raúl con base en un texto periodístico publicado en *El Confidencial* (España, 19 de marzo) en donde se plantea que «el error fue meter miedo a la población». La tesis de ese texto es que «el Covid-19 es una enfermedad leve que pasa asintomática en el 85% de los afectados».

Otra amiga, desde Colombia, nos envió un vídeo de una plaza en Bogotá en la que se mira a una multitud exigiendo carne y alimentos para sobrevivir la cuarentena.

Otra participación fue la de Federico, quien recomendó una crónica intitulada «El mundo es plano», del argentino Martín Caparrós, y publicada en el *New York Times*: «Es un texto muy panorámico y predictor», escribió.

Delia, quien es profesora en una universidad, expresó su opinión:

Queridos y queridas: En México llevamos 14 años con una epidemia gravísima que nos ha matado a más de 20 mil personas cada año y más de 28 mil los dos o tres años pasados.

La mayoría de esos muertos son adolescentes y jóvenes. Y nadie ha inventado, hasta ahora, una cuarentena para evitar esta terrible epidemia de la violencia y, sin embargo, hemos tenido morgues en camiones con refrigeración a las afueras de varias ciudades.

Y todavía agregó:

Tal vez el problema con el coronavirus es que empezó atacando a la clase alta a las élites que viajamos continuamente de un país a otro y de un lado a otro del mundo.

Para despedirse, Raúl nos envió un horóscopo al grupo que decía: «Algo positivo les llegará este mes: el Coronavirus».

GERMÁN MÉNDEZ LUGO es reportero jubilado en la Universidad Autónoma Metropolitana; además es narrador de historias populares de su natal estado de Sinaloa; también se desempeña como corrector de libros y tesis de licenciatura y posgrados.

# Covid 19 y un alma simple

Rocío Eugenia López Liera

Hoy es tres de abril de 2020. Han pasado varias semanas desde que en México se empezara a tomar en serio la pandemia mundial. Al principio, fue un balde de agua fría saber que tenía que permanecer en casa, sin embargo, decidí acatarlo y salir solamente a hacer algunas compras necesarias en los pequeños comercios cercanos a mi domicilio para evitar el uso del transporte público.

En estos días he experimentado todo tipo de emociones. Siempre me ha gustado romper rutinas, lo considero benéfico; pero en condiciones como esta, son una imposición que no libera sino que oprime. La información que recibimos es diversa. Nos muestra un panorama confuso. Las razones por las cuales ha sucedido, de dónde ha surgido, por qué se le está haciendo frente de esta manera y las predicciones después de que pase no me tranquilizan: Conflicto chi-

no-estadounidense, castigo divino (Apocalíptico), complot mundial para depurar a la humanidad, guerra bacteriológica, resultado del abuso humano a la naturaleza y algunas otras razones que se me escapan, son las que circulan en todo tipo de medios de comunicación.

He sentido miedo, inseguridad, ansiedad y aunque creo que mucho de lo que dicen los científicos, la OMS y nuestras autoridades es confiable, también me inclino a considerar que existen fuerzas económicas muy poderosas capaces de armar un conflicto de esta magnitud para obtener beneficios personales.

En fin, a una alma simple como yo lo que más le conviene es tener en cuenta las recomendaciones y seguir con su vida. Cada día que salgo puedo registrar cambios en mi pequeña comunidad. Por ejemplo: la señora del salón de belleza ya no abre. Ignoro si está enferma, si está en resguardo voluntario o si la clientela ha dejado de asistir. El pequeño negocio que vende fajas y algunas otras cositas como fundas de celulares, bolsas, monederos, etc. continúa abierto y es atendido por su propietaria que comenta no haber tenido



ventas en la última semana. Hacía menos de un mes, en un pequeño local, una ama de casa emprendedora había empezado a hacer tortillas de mano. Ahora está cerrado.

Mis vecinos permanecen en sus casas. La mayoría de ellos son empleados de gobierno o de escuelas. Unos pocos trabajan por su cuenta: Un matrimonio con 4 hijos venden productos a domicilio ropa, enseres domésticos y electrónicos, etc. Ahora no tienen ventas y solamente salen a cobrar abonos que tampoco les son pagados. Otra pareja forman un dueto musical, cantan y tocan en fiestas. Sus contratos del último mes y de los próximos dos meses han sido cancelados. No tienen otro ingreso.

La situación me causa pesadumbre. Para mi fortuna soy pensionada y nadie depende de mí pero aun así tengo temor de que si las cosas continúan de esta manera, también los recursos para el pago de pensiones se recorten y se suspendan. Escucho a los grandes empresarios estar preocupados. ¡Tiene gracia! Sus pérdidas no han empezado porque tienen «colchón y techo» financiero, y quizá sufran un pequeño descalabro; sin embargo, todos los pequeños comerciantes

con estas pocas semanas están a punto de colapsar. ¿Qué va a pasar con todos ellos? ¿Les van a otorgar préstamos? ¿Se tendrán que endeudar para sobrevivir?

En las pequeñas construcciones, sigo viendo a los albañiles trabajar. Su salario es por contratos, sino trabajan no comen. Los chavos que recogen la basura van sin ninguna protección ejecutando su labor casa por casa; en mi colonia, se paga por el servicio de recolección y vi el otro día que una persona les lanzó desde la ventana la moneda porque «no quiero contagiarme de algo», dijo a manera de explicación. Me pareció humillante, grosero, inadmisibile.

El de la ferretería, el de los aceites y lubricantes, el zapatero, han tenido que prescindir de sus ayudantes. No son empleados formales pero siempre hay algo que puedan hacer, ayudar a cargar y descargar, entregas a domicilio, etc. Trabajan por ratos y su pago son las propinas y algo que puede darles el «patrón». Ahora se han quedado sin esos cien pesos diarios que ganan en promedio.

Un abogado y un contador se han quedado sin trabajo con el cierre de las oficinas. Su ingreso no es fijo. Si no se

pueden hacer los trámites pertinentes y necesarios tampoco reciben dividendos. Los pequeños ahorros vuelan. La señora del puesto de jugos que está afuera de las oficinas municipales, al igual que los niños que venden dulces y empanadas en un canasto, se han quedado sin ingresos. Puedo imaginar la desazón que deben sentir. Miles como ellos son las verdaderas víctimas de la pandemia.

Veo en la televisión los informes internacionales sobre la bolsa de valores, todas han sufrido quebrantos. No entiendo de términos económicos pero me doy cuenta que el dólar, al menos en lo que a nosotros respecta, no ha perdido, por el contrario sigue a la alza. ¿Es curioso, verdad?

Soy una mujer común, mi visión de las cosas es simple pero lo que hasta ahorita percibo es un presente con pobres más pobres y ricos con un ligero quebranto, del que se recuperarán y saldrán más ricos.

La verdadera causa de la enfermedad y las razones del manejo que se está haciendo de la misma no la sabemos. Quizá dentro de algunos años, alguien que haya vencido el temor, se atreva a decirnos la verdad.

ROCÍO EUGENIA LÓPEZ LIERA. Soy profesora de educación preescolar jubilada. Tengo 57 años. Trabajo en la elaboración de textos para preescolar. Vivo en Morelia, Mich. He participado en diferentes talleres de escritura (ensayo, cuento, crónica) Tengo una página en línea titulada «Ensayando cuentos, cuenteando ensayos». Un libro de cuentos infantiles publicado por Edelvives que se titula «Cuentos pequeños». El gobierno del estado de Jalisco publicó un libro de mi autoría para padres de familia que se llama «Debes saber» y se regaló en escuelas del area metropolitana de Guadalajara. No soy una profesional pero disfruto mucho compartir mis pensamientos y vivencias.

# Las voces del COVID

Silvia Cervantes Sagrero

Las escenas del mundo son increíbles, desde las grandes metrópolis totalmente desérticas hasta los dantescos pasajes de cadáveres en las calles de Ecuador, los sistemas de salud en colapso y el régimen económico, sin duda en riesgo.

En la Ciudad de México, cierre de calles pero no de mercados, el abastecimiento alimenticio se convierte en el paseo familiar, hace unos días la tendencia noticiosa el cierre de las cerveceras. Los gringos, no reciben a los barcos con gente enferma en sus costas y el incremento de muertos y enfermos por COVID-19 parece imposible de frenar.

Me disponía a realizar mi enlace por internet para participar en la tertulia y compartir fragmentos de texto, sentirme en comunidad y experimentar una nueva experiencia; seguí cada uno de los pasos del vídeo tutorial, todo estaba listo, los participantes no presentábamos y saludamos a tra-

vés de la cámara, había gente de toda la República Mexicana, de pronto el audio se distorsionó y se escuchó cerquita, justo al pie de la ventana como de costumbre «tamborees, colchonees, fierro viejo que vendaaaa», «colchonees, tamboores»; apague de inmediato el micrófono de la conferencia online y subí el volumen de la compu; detesto a los del fierro viejo y su tarareo agudo, es siempre tan importuno, cuando no interrumpe una llamada, otras veces el sueño de los domingos, un buen programa de radio, la televisión y ahora mi conferencia; la bendita grabación se adjudica a una joven que hoy en día tiene veinte años según un reportaje que escuche hace unos días en una capsula radiofónica, la familia de la muchacha tiene varias generaciones dedicándose a la compra venta del fierro viejo; según dicen los que saben de esto, lo más cotizado es el cobre, que llega a comprarse hasta en \$100 el kilo.

Después de un par de participaciones, sonó la campana de la basura, los sonidos se fueron combinando y no cesaron durante toda la sesión, justo para despedirnos de pronto los «tamboores, colchonees, fierro vieeejo que vendaaan»,

se escucharon a través de la conferencia, la coordinadora dijo —perdón— los de los colchones ¡ya llegaron por acá!, todos sonreímos y concluimos la sesión.

Me disponía a preparar la comida, abrí la ventana para mermer un poco el calor que se sentía de a peso en el depa, y entró con fuerza «tortillaaaaaas, tortillaaaaas, tortillaaaaas», una voz aguda de la mujer morena chaparrita que se pone a vender con bicicleta en conjunto con su familia en la unidad, no saben mucho de planificación familiar o bien desean conformar una cadena de distribución de tortillas, tienen tres pequeños de menos de diez años y viene otro en camino; en competencia con las tortillas siguió «el agua», «aguaaaaga», «aguaaaa», departamento 201, su agua, los chicos del agua trabajan hasta tarde, admiro su fuerza, se ven delgaditos, sin mucho musculo pero cargan de a tres garrafones por subida en la unidad que se conforma de tres mil quinientos departamentos, los veo que sudan, los escucho jadear al tercer piso, pero llegan hasta el último rincón cerca del cielo y hay quienes ni \$5 pesos les dan de propina, una noche de domingo, pedí tres para las necesidades bá-

sicas, el muchacho agradeció tanto que le pagará uno más, porque dijo era en todo el día su tercer viaje, su boca seca, sus ojos hundidos eran contrarios a la energía que demostró al subir los tres garrafones de un jalón en poco más de cien escalones, no se diga su «voz»; algunos le echan más estilo y se distinguen porque su pregón es «electropuuuraaaa», «bonafoooont», jajaja, a la preferencia y gusto de cada quien.

Después de las cuatro de la tarde, dejaron de escucharse los radios de los vecinos que traen competencia desde antes del inicio del resguardo voluntario, al parecer entre más están en casa más fuerte es el volumen y no dejan de sismar los vidrios de las ventanas, por lo que no es necesario prender radio o televisión, ellos hacen la veces de rockolas toda la mañana, los ritmos son singulares: cumbia, merengue, reguetón, salsa, Chayito Valdez, José José; son los de más recurrentes, a veces uno que otro con música electrónica y Alejandro o Vicente Fernández, hay una vecina medio adolorida que canta puras de adoloridos y le echa harto, harto, harto sentimiento.



Justo se apagan los estéreos y sobresalió la grabación «tirint, tin, tin, tin» de los helados y paletas, quizá nieves; seguidos del campeón de la voz «merengues, gaznates, obleaaaaas», su voz grave trascendió de todas, ni la grabación de los pastes «de mole rojo, verde, dulce, arroz, crema pastelera», le ganó; de color rosáceo y con chispas de colores en el hombro de aquel hombre moreno y robusto, recordé aquellos momentos de verano y fin de semana de mi infancia, cuando mi papá disparaba los merengues para todo los chamacos de la cuadra en la época de los 80s., mi papá jugaba del doble o nada y regularmente le ganaba al de los merengues el bolado de la moneda aunque el merengero lo tiraba.

Caía la tarde y el sol por fin dejó de calentar la tierra y los interiores de los departamentos, los pregones continuaron durante el atardecer «tamales de mole rojo, verde, dulce con pasitas» «paaaan chiquitoooo».

Algunas ambulancias, patrullas y muchas motocicletas continuaron pasando por la noche, se estreno el audio para

invitar a la población a quedarse en casa, como estrategia para fortalecer la campaña, aunque se continúan escuchando las risas, voces, gritos, música de los jóvenes sobre la avenida.

Los pregones acompañan y armonizan el silencio del aislamiento durante un par de semanas, sus estilos, sus voces, sus tonos se incorporan en mi cotidiano, dicen que lo mismo sucedió desde la época de la Colonia en la Ciudad de México; su vivacidad alientan a la esperanza, esa que día a día se construye con más esfuerzos durante esta contingencia mundial; vislumbro el momento de escuchar con fuerza «Vencimos al coronavirus», anhelo el zócalo capitalino y las grandes plazas del mundo pregonando «ganamos».

SILVIA CERVANTES SAGRERO. Nacionalidad mexicana. Actualmente se desempeña como Supervisora de Zona en Educación Primaria en la Ciudad de México, con una trayectoria de veinte años de servicio. Su formación Licenciatura en Educación Primaria (Benemérita Escuela Nacional de Maestros), Especialidad en Gestión Directiva de

Centros Escolares (Centro de Actualización del Magisterio en el D.F.), Maestría en Educación con campo en Planeación Educativa (Universidad Pedagógica Nacional Unidad 096 Norte), actualmente cursa la Maestría en Educación especialidad Enseñanza de la Lengua y Recreación Literaria (Universidad Pedagógica Nacional 096 Norte). Ha colaborado en la publicación de textos para la actualización del magisterio en editoriales: como Santillana, Fernández y Editores y artículos respecto a su experiencia en la Gestión Directiva para la Administración Federal de Servicios Educativos en el D.F., publicación electrónicas de crónicas de vida en el espacio de la Unidad de Vinculación Artística de la UNAM y publicaciones independientes a través de redes sociales.

## Índice

Crónicas ganadoras

5 MANGOS BOLSAS Y UN TORSO VELLUDO

Carlos René Urías Ramírez

9 CORONA DE VIRUS: DÍA 100

Gezabel Guzmán Ramírez

17 CRÓNICA DE UN PACÍFICO APOCALIPSIS

Andrés Heredia Torres

Crónicas recomendadas para su  
publicación por el jurado

25 SOBRESATURADO

Vázquez Pérez Brenda Berenice

34 ADENTRO Y AFUERA

Miguel Terrazas Morales

37 MISTERIOS DEL ORIENTE

Guido Astolfi

44 CRÓNICA CORONAVIRUS

Daniel Alejandro Ávila Saulés

- 51 LA IMPORTANCIA DE RADIOHEAD  
EN LA PRIMAVERA DEL 2020\*  
Carolina Suárez Ríos
- 57 FORANEIDAD  
Félix E. Huerta Díaz
- 61 DE LA SOLEDAD Y OTROS SINSABORES...  
Claudia Nayeli López Cambray
- 71 EL COMBATE  
Germán Méndez Lugo
- 79 COVID 19 Y UN ALMA SIMPLE  
Rocío Eugenia López Liera
- 85 LAS VOCES DEL COVID  
Silvia Cervantes Sagrero



**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

  
PUBLICACIONES